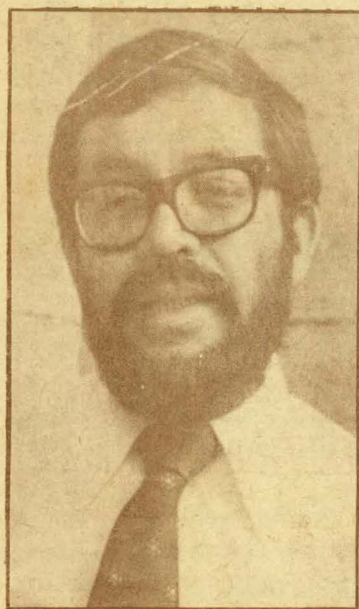


Lo que nos falta

¿Es Peor O Mejor?

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



En Orinoco, su más reciente obra, puesta en escena en la ciudad de México, Emilio Carballido cuenta una fábula que mi ignorancia me impide saber si proviene de una literatura ajena al autor, o es parte de su inventiva misma. Sintéticamente, se trata de la historia de unas flores de lino, que ondean serenas y luminosas al compás del viento en un campo verde; hasta que vienen unas tijeras y las podan, y las flores se entristecen aunque luego reflexionan en que aún falta lo mejor de la vida, puesto que su destino no se agota en ser flores. Para conformar su esperanza, con sus fibras se tejen hermosas telas que sirven para cortar suaves trajes, que son portados por seres felices, hasta que el uso obliga a desechar las prendas. Entonces sí, el destino parece haber cancelado las expectativas del lino, pero he aquí que el trapo

viejo al que había quedado reducido se convierte en pulpa de la que salen finas hojas de papel donde quedarán impresas palabras que darán calor y júbilo a quien las lea. La parábola termina, con la obra, en un grito de esperanza: tenemos rumbo (a pesar de que las dos protagonistas viajan en un barco sin timonel y sin combustible) y todavía falta lo mejor de la vida.

La metáfora es obviamente aplicable a nuestra situación nacional. Sin embargo, los augures leen en las entrañas de las aves sacrificadas para encontrar los mensajes del mañana, signos ominosos. Aunque ya sentimos que el agua nos está llegando al cuello, abundan las señales de que no hemos tocado fondo, y de que la situación será peor en los próximos meses, cuando se adviertan a plenitud los estragos de la crisis. Una visión pesimista del próximo semestre tiene en cuenta, por ejemplo, que los precios de garantía del maíz no serán suficientemente remuneradores por lo que los productores se abstendrán de sembrar el alimento nacional y deberemos importarlo en mayor cantidad. Para pagar esas compras será insuficiente nuestro ingreso petrolero, que estaría castigado por la eventual baja en los precios, que los peores pronósticos sitúan hasta en veinte dólares al barril, que es casi la mitad del que en su mejor tiempo llegó a tener. A eso se añadiría una profundización del desempleo: los dos mil quinientos trabajadores que quiere despedir Dina y los tres mil 256 a los que amenaza el cese en la Compañía de Luz y Fuerza del Centro, serían apenas ilustrativos del enorme ejército industrial de reserva que se iría formando en los próximos meses, al no reactivarse la demanda, al no poder estar en un mercado competitivo y al no poderse importar componentes extranjeros o carecer de capacidad para enfrentar la deuda de las empresas. Los sindicatos fuertes, por su parte, se empeñarían en llevar sus demandas hasta las últimas consecuencias, huelgas incluidas, y contra ellas se utilizaría la requisa en caso de servicios públicos, o la represión en otras circunstancias. Nada de lo cual contribuiría a eliminar tensiones que, a pesar de todo, van creciendo entre el sindicalismo (sea el oficial, el independiente y el democrático) y el gobierno.

Puestos a encontrar razones para el pesimismo, como se ve, no faltan elementos. Lo cierto es que hoy estamos en el filo de la navaja. Lo mismo podemos sacar ventaja de la crisis, que despeñarnos por abismos impensables de desorganización y violencia social, y de autoritarismo político extremo. En la frontera norte, por ejemplo, la altísima inflación produce el doble efecto de ser, eventualmente, el origen de una nueva devaluación que sería ya insoportable por la economía, al mismo tiempo que abre enormes posibilidades a la industria mexicana. Ha surgido allí un mercado inmenso. Los mexicanos no pueden ya pasar a comprar hasta sus bastimentos más elementales en las Malls del Otro Lado. Es demasiado caro para todos. En cambio, crecen los ríos de consumidores norteamericanos que inundan los establecimientos mexicanos, donde todo es como antes, en que había tiendas de cinco y

diez. Se ha formado allí, pues, una típica circunstancia de esta crisis. Si la aprovechamos, no sólo la aparición de ese mercado anchísimo puede hacer repuntar la actividad productiva en general, sino que incluso la economía fronteriza tradicionalmente atada a los Estados Unidos puede ser recapturada para siempre, aún para después que la crisis concluya o deje de tener sus aristas más filosas.

Se requiere, para obtener utilidad de estas circunstancias, desplegar características de que la mayor parte de los mexicanos han dado pruebas en el pasado, aunque una buena porción de ellos las hayan ido perdiendo por la molición del consumismo. La frugalidad, que no es avaricia, es uno de esos factores. Todavía es dable advertir signos de derroche, no obstante sus altos precios, en todo sentido. Aunque parezca cosa de locos, hay quienes todavía quieren y pueden pagar el medio millón de pesos que supone el impuesto por tenencia de automóviles cuando éstos son importados. La austeridad voluntariamente asumida no implica menoscabamiento de los seres humanos, y hasta puede significar su revaloración. No supone, tampoco, disminución de los consumos y por ello de la actividad productiva. La sociedad mexicana es tan numerosa que los bienes indispensables requeridos son tantos que con producirlos y ponerlos a disposición de todos se echaría a andar una estructura económica aún más dinámica de la que se ha podido edificar a lo largo de los años.

Para que la sociedad en su conjunto pudiera desplegar esas cualidades como la frugalidad que citamos a título de ejemplo, se requiere sin embargo que disponga de una adecuada dirección. La autogestión de la vida social es todavía por mucho tiempo una aspiración de logro inalcanzable. Hoy por hoy, las clases dirigentes, en la economía, en la política, en la cultura (expresada esta palabra en su más amplio significado) tienen todavía una vasta función que cumplir, proponiendo valores e induciendo comportamientos para alcanzarlos, al resto de la sociedad. No es esta la visión social que queremos que exista, pero es la real, y a ella hay que atenernos, incluso para cambiar la propia realidad.

Hasta ahora, esas clases dirigentes han venido disminuyendo su altura, y no han tenido una dimensión como la exigida por las crisis sucesivas que hemos padecido, que a veces están larvadas y en ocasiones se manifiestan en toda su crudeza, como ahora y en los días por llegar. No es una nostalgia melancólica solamente la que nos hace añorar la era de la Reforma, en que aquellos hombres que parecían gigantes según la feliz definición armaron a fuerza de paciencia y honestidad, talento y fe nacional, una república contra toda resistencia, y aún se enfrentaron, sin arrogancia pero indómitos a un poder extranjero que toda proporción guardada no era menos temible que las hidras trasnacionales que hoy nos asedian; o que nos hace recordar a los empresarios verdaderos, los emprendedores de verdad que fundaron con su trabajo empresas que luego sus herederos no han podido sostener sino con la especulación, la expoliación, el endeudamiento externo.

En un artículo aparecido en *El Universal*, el ingeniero Manuel J. Clouthier hizo, la semana pasada, un infortunado panegírico de la clase empresarial. (Antes de seguir, habría que proponerle un pacto a líderes patronales como el ingeniero Clouthier, para que ninguno de los periodistas profesionales se meta de dirigente patronal a cambio, simplemente, de que ninguno de los conductores de cúpulas privadas se haga pasar por escritor político. Dicho sea esto, ¡por Dios!, sin ánimo de inhibir ninguna libertad constitucional de la que tan celosos defensores nos resultaron los dueños del Gran Dinero). Según su visión de las cosas, los empresarios son los pilotos de una nave en que viaja la nación entera. El Estado debe ser como la empresa aérea, que ha de dar mantenimiento a los aviones, señalar las rutas y los horarios, etcétera. Para fortuna nuestra, el símil del ingeniero Clouthier es por completo falso. El avionazo que ya hubiera diezmado a la población mexicana, si fuera verdad, no sería para contarla.

De la sociedad toda, de las clases dirigentes en particular, depende el que los augurios optimistas o los pesimistas, o los esperanzados o los desencantados, sean los que conformen el futuro al que ya nos asomamos.